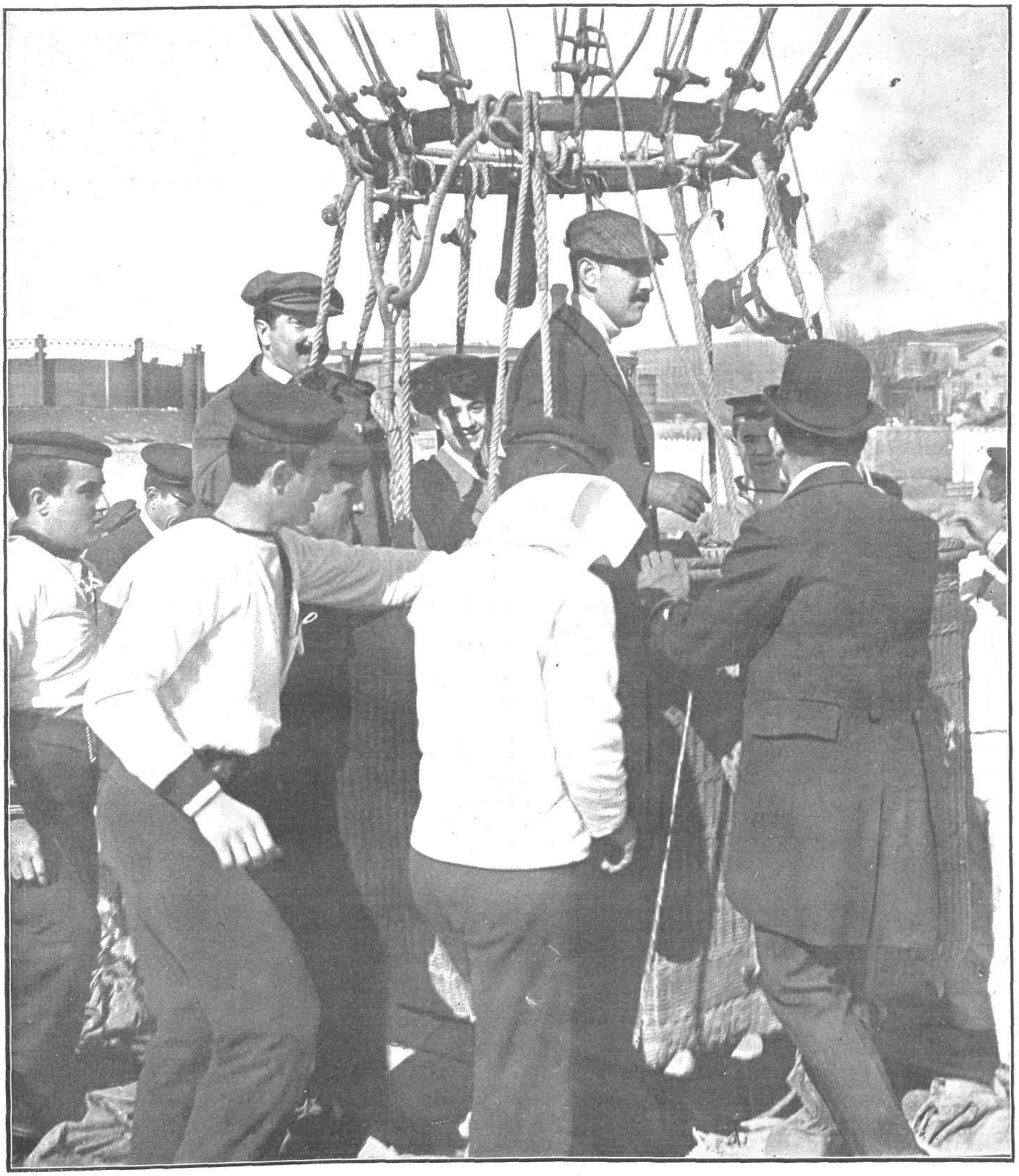
ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 2 MADRID 27 DE FEBRERO DE 1908 AÑO 1

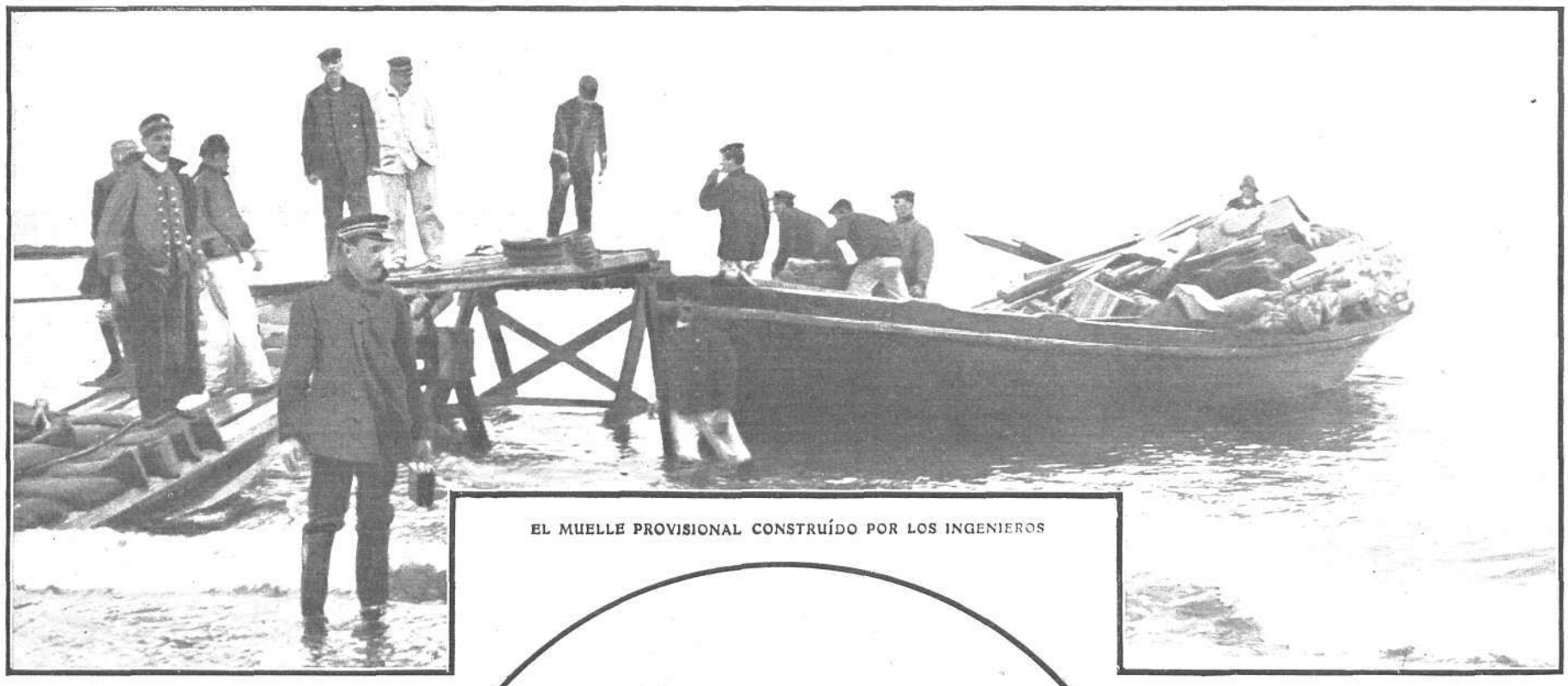


MADRID. LA ASCENSION AEROSTÁTICA DEL LUNES

Fot. Cifuentes.

LOS MARQUESES DE QUIRÓS, ACOMPAÑADOS DEL CAPITÁN KINDELÁN, EN LA BARQUILLA DEL GLOBO «ALFONSO XIII», EN EL CUAL REALIZARON UNA ASCENSIÓN LIBRE

© Biblioteca Nacional de España



EL MUELLE PROVISIONAL CONSTRUÍDO POR LOS INGENIEROS

OCUPACION DE MAR CHICA

Para poner término de una vez al contrabando de armas y municiones que realizaban los rifeños por Mar Chica, y en cumplimiento de lo consignado en el Acta de la Conferencia diplomática de Algeciras, las tropas españolas de Melilla, al mando del general de división D. José Marina, procedieron á ocupar la restinga de Mar Chica, en vista de que las fuerzas del sultán Abd-el-Aziz se habían declarado impotentes, y abandonando Mar Chica habían buscado la protección de España en Melilla.

Substituídas en esta plaza las guardias por fuerzas de la brigada disciplinaria y dispuestos ya el vapor correo *Ciudad de Mahón* y el cañonero *General Concha*, salieron del cuartel, á las dos de la madrugada del jueves último, las tropas expedicionarias y se encaminaron al muelle para embarcar. En todos los preparativos se obsevó la mayor reserva para evitar que los moros pudiesen enterarse del propósito de ocupación. El general Marina se la comunicó al Roghí por medio de una carta lacónica, que le remitió antes de embarcar.

Formaron la columna expedicionaria elementos de Administración militar, Sanidad, Ingenieros, Infantería de Africa, una sección de Artillería y otra de ametralladoras.

El embarque de las fuerzas se verificó en medio de una tempestad formidable, pero con el mayor orden, y á las cinco y media de la mañana, con mar gruesa y furioso viento del Poniente, zarparon el *Ciudad de Mahón* y el *General Concha* con las fuerzas, á las cuales se había unido, para facilitar el desembarco, una compañía de mar con botes. Antes de clarear el día estaban frente al antiguo campamento de Mar Chica que ocupaban las fuerzas del Roghí.

Éstas, al ver acercarse á los mencionados buques, se parapetaron en las trincheras con ánimo de impedir el desembarco; pero claro está que no pudieron lograrlo. Cuando llegaron al alcance de los fusiles de los moros los cuatro botes, el remolcador y la lancha con las ametralladoras que habían sido echados al agua, aquéllos rompieron vivo fuego de fusilería, que fué inmediata y enérgicamente contestado por las ametralladoras y los cañones y fuerzas del *General Concha*, desde el cual se dispararon 40 cañonazos.

Sin sufrir baja alguna milagrosamente, nuestros soldados se echaron al mar, y unos á nado y otros con el agua al pecho avanzaron hasta llegar á tierra, formaron en guerrilla y siguieron adelante.

Los moros huyeron...

A la una y media de la tarde llegaron á Melilla varias palomas mensajeras con las primeras noticias de la ocupación.

Nuestros soldados estaban ya instalados en el campamento abandonado por los moros. Para facilitar el desembarque construyeron los ingenieros rápidamente un muelle, que es el que aparece en la primera de las fotografías reproducidas en esta plana.

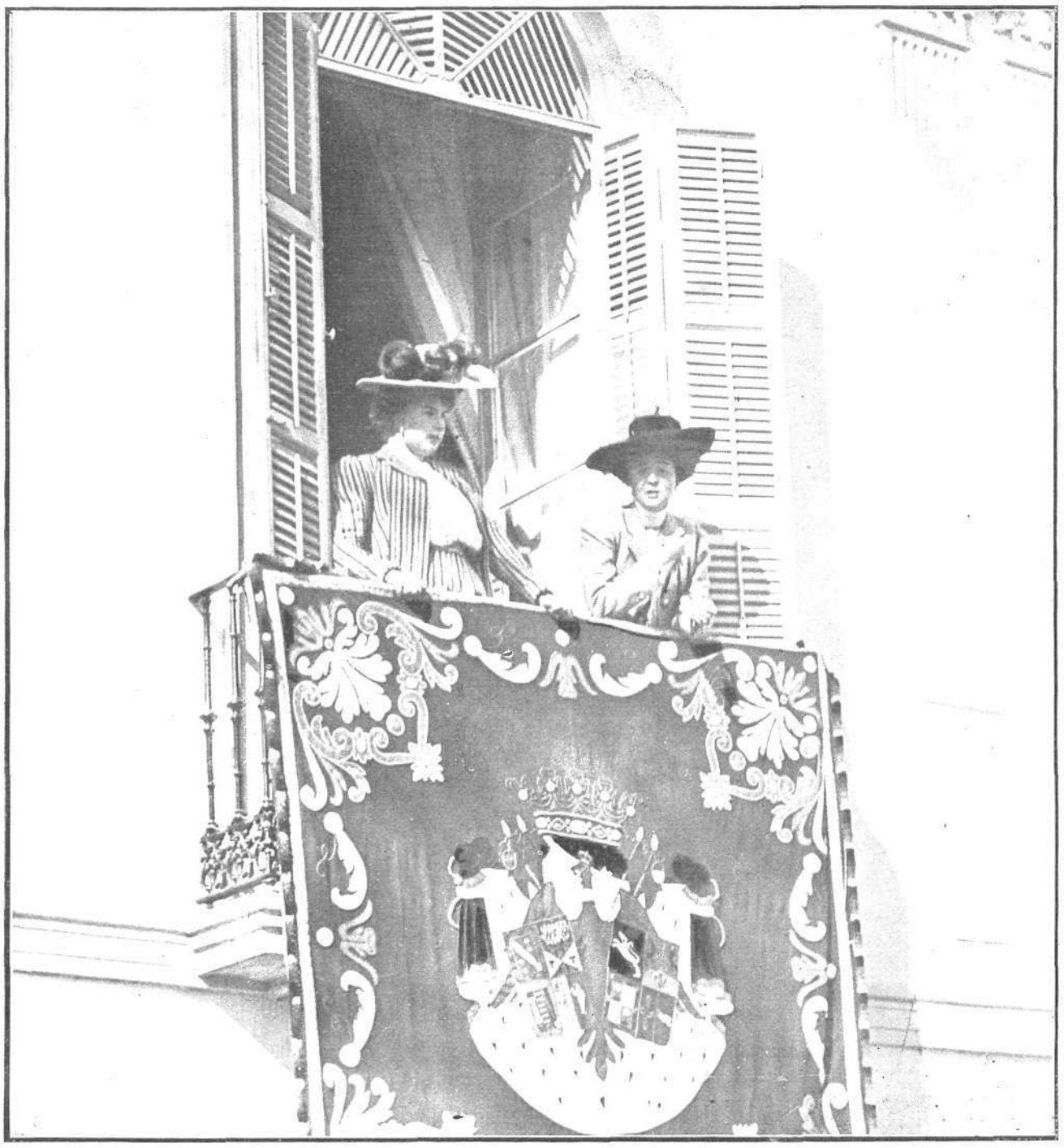
LOS MOROS EN EL CAMPAMENTO ANTES DE LA OCUPACIÓN

SECCIÓN DE AMETRALLADORAS CORRESPONDIENTE A LAS FUERZAS OCUPANTES

LOS SOLDADOS ESPAÑOLES EN EL CAMPAMENTO ABANDONADO POR LOS MOROS

Fots. Barraca y Dionisio.

© Biblioteca Nacional de España

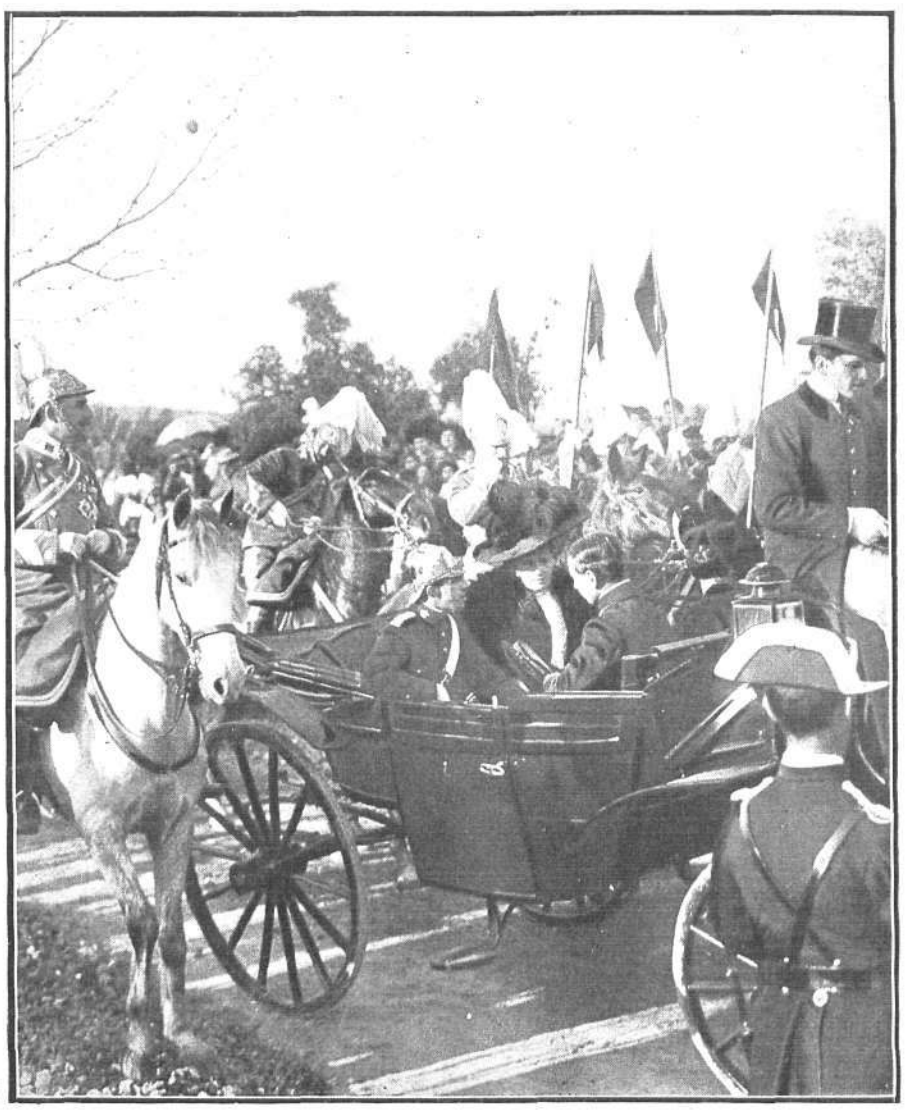


S. M. LA REINA Y Á SU IZQUIERDA LA MARQUESA DE VILLAVIEJA
ASOMADAS Á UNO DE LOS BALCONES DEL PALACIO DE LOS MARQUESES DE VIANA

EL REY CON TRAJE DE LABRADOR ANDALUZ,
COMO ASISTIÓ Á LA INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA
DE HORNACHUELOS

LOS REYES EN MORATALLA

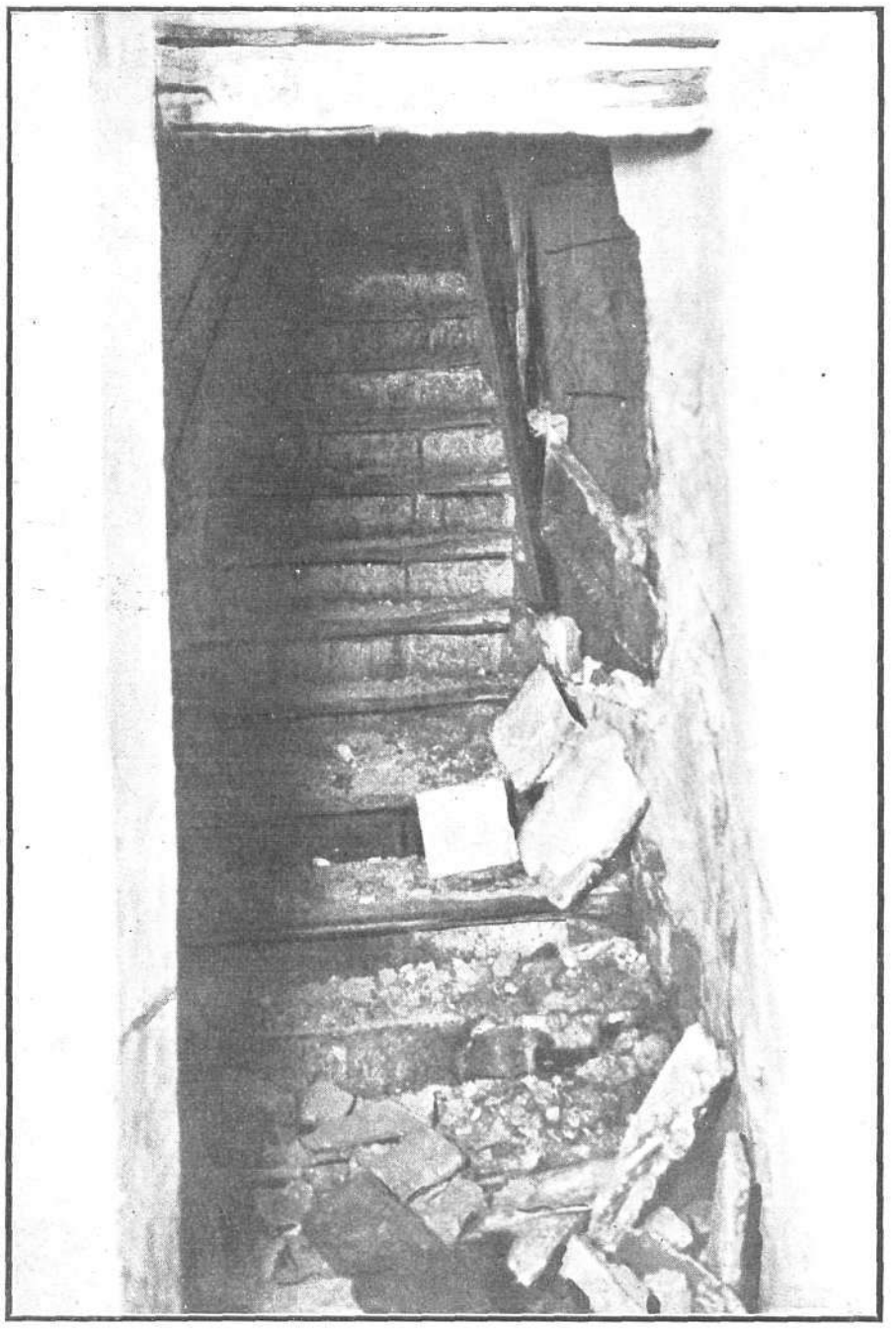
UN DESCANSO DURANTE LA PARTIDA DE POLO DE MORATALLA.
SENTADOS DE IZQUIERDA Á DERECHA: LA MARQUESA DE VILLAVIEJA, S. M. EL REY,
S. M. LA REINA Y LA MARQUESA DE VIANA



SALIDA DE CORDOBA DE SS. MM. D. ALFONSO Y DOÑA VICTORIA EUGENIA.
EN EL CARRUAJE LES ACOMPAÑAN LA DUQUESA DE SAN CARLOS Y EL MARQUÉS
DE VIANA

Fots. Goñi.

© Biblioteca Nacional de España



ESCALERA DE LA CASA NÚMERO 3, DE LA CALLE DE CARDERS, EN LA CUAL ESTALLÓ UNA BOMBA EL LUNES ÚLTIMO

EL PÚBLICO ANTE LA CASA DONDE SE PRODUJO LA EXPLOSIÓN
LA PUERTA ESTÁ SEÑALADA CON UNA (×) Fots. Ballell

LOS ATENTADOS TERRORISTAS EN BARCELONA

LA REVISTA DE CARABANCHEL

Siguen los atentados terroristas en Barcelona, y siguen los que los cometen eligiendo para teatro de sus hazañas viviendas modestas. El perpetrado el lunes de esta semana en la calle de Carders, y al cual se refieren dos de los grabados de esta página, no ocasionó víctimas afortunadamente. ¡Ojalá sea el último, y de no serlo, podamos decir de los demás lo mismo: No hubo desgracias personales!

La revista de la división reforzada que manda el general Orozco, verificada en el campamento de Carabanchel el domingo de esta semana, resultó vistosísima. A ella asistieron los ministros, con la sola excepción del Sr. Osma, que ya había dimitido. En nuestro grabado aparecen saludando al Rey á su llegada al lugar de la revista.

LOS MINISTROS CUMPLIMENTANDO Á S. M. EL REY Á SU LLEGADA AL CAMPAMENTO PARA REVISTAR LA DIVISIÓN REFORZADA QUE MANDA EL GENERAL OROZCO Fot. Rueda

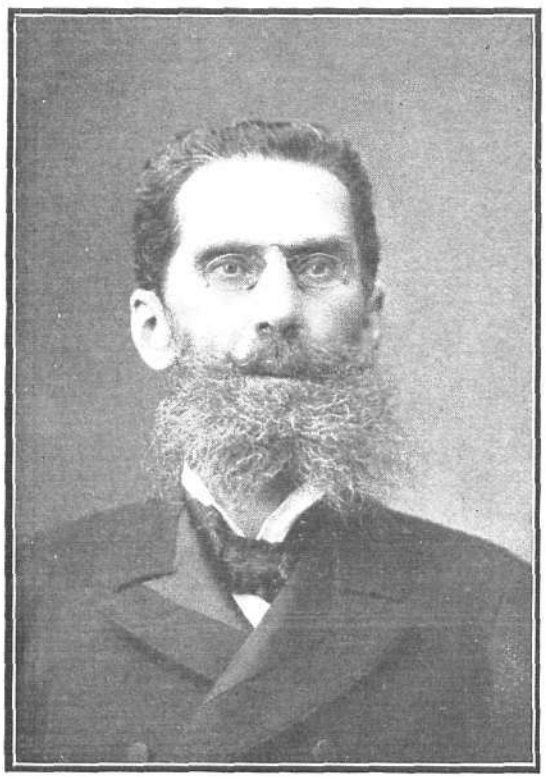
© Biblioteca Nacional de España

INAUGURACION DE LA GRANJA AGRICOLA DE SEVILLA

Fot. Goñi.

SS. MM. LOS REYES VISITANDO LAS INSTALACIONES DE LA EXPOSICIÓN DESPUÉS DE PRESIDIR EL SOLEMNE ACTO INAUGURAL

© Biblioteca Nacional de España



D. CAYETANO SÁNCHEZ BUSTILLO
NUEVO MINISTRO DE HACIENDA
Fot. Huerta.

EL GENERAL RUSO STOESSEL
QUE ACABA DE SER CONDENADO Á MUERTE

D. ALFONSO MERRY DEL VAL
NUEVO MINISTRO DE ESPAÑA EN TÁNGER
Fot. Franzen

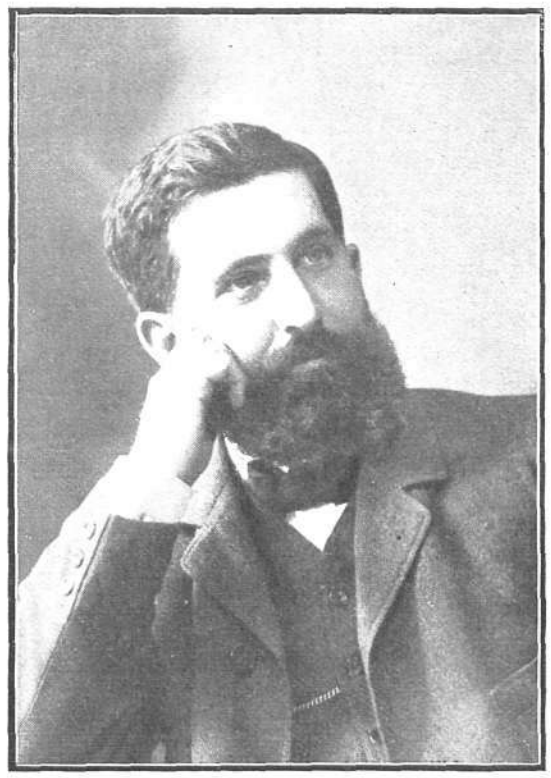
LOS RETRATOS DE LA SEMANA

Insertamos en la presente página una serie de retratos cuyo interés de actualidad, aunque obedece á circunstancias muy diferentes, es indiscutible. Entre los propósitos de este periódico figura el de reproducir las efigies de cuantos por una causa ó por otra hayan motivado la curiosidad pública, y así habrán de verse en la misma hoja de papel fotografías de personas que no guarden la menor relación entre sí por sus hechos ó por las causas que motiven la publicación.

Interesante es para el lector de periódicos, por ejemplo, enterarse de la historia política ó administrativa del personaje designado para desempeñar un alto cargo; pero no lo es menos, si no lo es más, ver su retrato. ACTUALIDADES, periódico esencialmente gráfico, procurará servir esta justísima curiosidad de sus lectores.

En esta página quedan reproducidas las fotografías de los personajes que han sido llamados recientemente ó figuran en las esferas gubernamentales: el nuevo ministro de Hacienda Sr. Sánchez Bustillo, sucesor y amigo íntimo del Sr. Osma, tan amigo, que conserva en la secretaría particular del ministerio al mismo señor García de Leaniz y á todo el personal que con el simpático diputado por Chantada tenía por jefe al Sr. Osma; el director de Correos y Telégrafos que acaba de ser nombrado en substitución del dimisionario marqués de Valtierra, D. Emilio Ortuño, que pasa á aquel puesto desde la subsecretaría de la Presidencia del Consejo, y el ilustre periodista D. Salvador Canals, que le substituye en esta subsecretaría; el nuevo ministro de España en Tánger D. Alfonso Merry del Val, hermano del cardenal secretario de Estado del Papa, y del cual, por sus dotes de talento y cultura, se espera que sea un digno continuador de la obra del difunto Sr. Llavería.

D. EMILIO ORTUÑO
NUEVO DIRECTOR DE CORREOS Y TELÉGRAFOS
Fot. Torróa



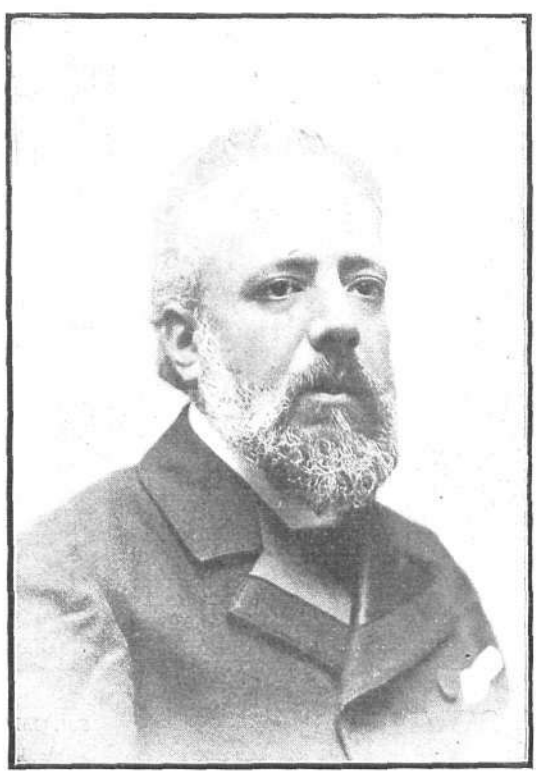
D. SALVADOR CANALS
NUEVO SUBSECRETARIO DE LA PRESIDENCIA
Fot. Compañy

También entre estos retratos hay el de un artista que ha dejado de existir recientemente, después de una vida de luchador infatigable: el dibujante y literato Eduardo Sojo, que en España y en la República Argentina popularizó el seudónimo de *Demócrito*.

Luchador infatigable también por sus ideales, que defiende y canta con la fogosidad de la convicción absoluta, es el senador republicano Sr. Sol y Ortega, que ha dado la nota parlamentaria saliente de estos últimos días con su discurso del Senado acerca de la suspensión de garantías en Barcelona y de la Solidaridad.

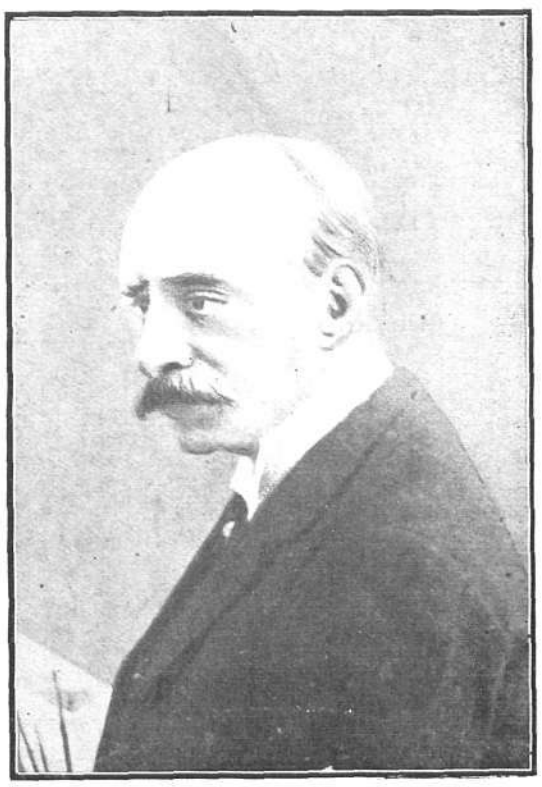
En la lista de estos retratos figura también el desgraciado general ruso Stoessel, condenado á muerte por la rendición de la plaza de Puerto Arturo durante la guerra japonesa; Stoessel se portó allí como un héroe, tanto, que aun al condenarle á muerte, sus mismos jueces proponen á la suprema autoridad del Zar que conmute la pena y la dulcifique. Así sea.

Por último, ofrecemos á nuestros lectores la fotografía del marino francés Ullmo, juzgado y condenado también por traidor á la patria, cuyo plan de defensas marítimas intentó vender á Alemania.



EL SENADOR REPUBLICANO
DON JUAN SOL Y ORTEGA
Fot. Franzen

ULLMO, EL MARINO FRANCÉS Á QUIEN ACABA DE CONDENAR POR TRAIDOR
EL CONSEJO DE GUERRA EN TOLÓN
De *L'Eclair*



EL DIBUJANTE
D. EDUARDO SOJO, «DEMÓCRITO»
Fot. E. Fernández

© Biblioteca Nacional de España

Sr. Díaz de Mendoza (D. M.). TEATRO ESPAÑOL Sra. Guerrero.

UNA ESCENA DE «EL CRIMEN DE AYER»

D. JOAQUÍN DICENTA, AUTOR DE «EL CRIMEN DE AYER»
Fot. Compañy.

esclavos suyos á la ovación y al entusiasmo del público, que le siguen constantemente, cada vez más expresivos, más unánimes, más atronadores. De nadie como de Benavente ha podido decirse que cada obra suya es mejor que la anterior, con todo y con parecer la anterior insuperable; nadie como Benavente ha vencido en todos los géneros teatrales, desde el juguete cómico al drama.

Sin necesidad de referirnos á tiempos remotos, demostraremos lo que queda dicho con sólo recordar las manifestaciones que promovió la representación de *Los malhechores del bien*, en Lara; en el mismo teatro, donde se estrenó á fines del año último *Los intereses creados*, que dió lugar á más estruendosas aclamaciones todavía. Aparece ahora *Señora ama*, y el éxito se repite multiplicado... ¿Qué nos reservará el insigne literato para el próximo estreno?

El desempeño de *Señora ama* ha correspondido á la bondad de la obra. En él se distinguió el actor señor Morano, artista concienzudo y estudiosísimo, que ha podido añadir á la ya larga lista de sus merecidos triunfos el que ha logrado en la interpretación de la obra de Benavente, en la cual estuvo sencillamente admirable. Carmen Cobeña también supo dar al personaje que encarnaba, realidad de vida, y con Morano compartió los aplausos otorgados á los intérpetes.

Por todo lo dicho puede afirmarse que el éxito de *Señora ama* es tal vez el mayor entre los más felices de la actual temporada teatral en la villa y corte.

LOS ULTIMOS ESTRENOS

D. JACINTO BENAVENTE, AUTOR DE «SEÑORA AMA»
Fot. Franzen.

Continúa el éxito favoreciendo á los teatros de esta corte, y se reparte tan equitativamente, que habiendo dado cuenta en nuestro número anterior del aplauso con que en tres de aquéllos habían sido acogidas sendas producciones escénicas, hoy hemos de referirnos á otros dos coliseos que no figuraban entre los anteriores, y en los cuales ha habido estrenos acogidos con los más entusiásticos aplausos.

El de *El crimen de ayer*, celebrado en el Español, y del cual han hablado con el encomio que merece todos los críticos madrileños, como antes hablaron los de la Habana, que gozó las primicias de esta obra, tenía asegurado el éxito feliz desde que se supo que el autor era Joaquín Dicenta, el ilustre dramaturgo, y que su principal intérprete era la eminente María Guerrero. ¿Se podía pedir más?

El crimen de ayer es obra que ya ha visto medio Madrid, y ya verá el otro medio y volverán á verla todos los habitantes de la coronada villa.

Al teatro de la Princesa, donde viene haciendo meritísima labor de arte la compañía de Carmen Cobeña, que dirige el esposo de ésta y excelente autor dramático Federico Oliver, ha llevado su más reciente producción el portentoso Jacinto Benavente, literato de tan altos vuelos y de tan extraordinarias aptitudes, de dominio tan absoluto de la escena y del idioma y del arte, que, merced á estas cualidades, ha hecho

Sr. Comes. Sra. Cobeña (J.) Sr. Morano. Sra. Cobeña (C.) Sra. Alvarez.

TEATRO DE LA PRINCESA

UNA ESCENA DE «SEÑORA AMA» Fots. Cifuentes.

© Biblioteca Nacional de España

MADRID. EL CRIMEN DEL BARRIO DEL PACÍFICO

LA VÍCTIMA, MIGUEL GARCÍA
Fot. Ortegas

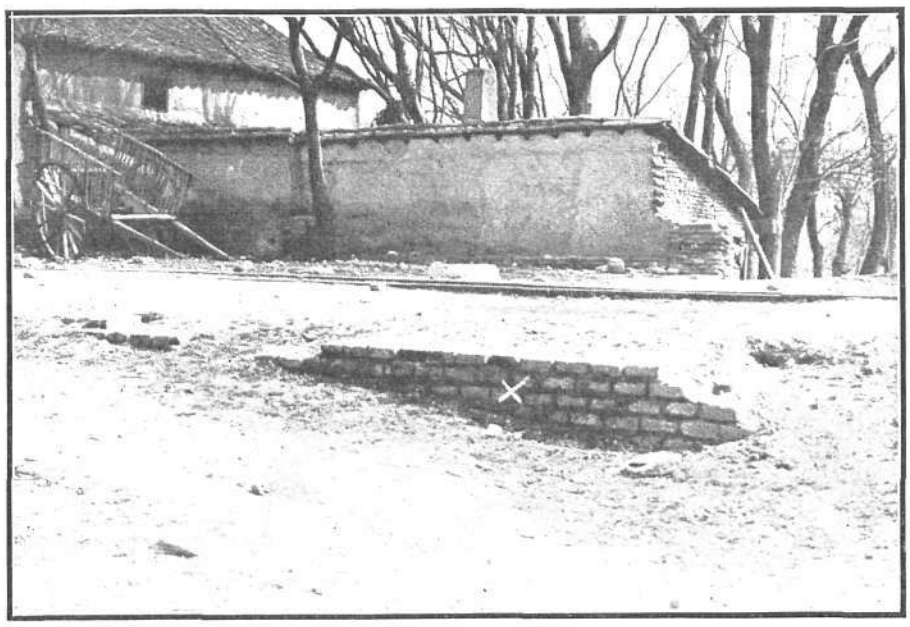
EL MATADOR, VENANCIO MARTÍNEZ
Fots. Cifuentes

D. VICENTE DÍAZ CORREGIDOR
DESCUBRIDOR DEL CRIMEN

FRANCISCA LUDEÑA
VIUDA DE LA VÍCTIMA

El espantoso crimen del barrio del Pacífico, en esta corte, que tan penosa impresión produjo por la ferocidad del matador y las condiciones en que el asesinato fué perpetrado, era asunto que no podíamos dejar de recoger en estas páginas, y de él damos en la presente la más completa información posible reproduciendo los retratos de las principales figuras del suceso; la víctima y su desgraciada viuda; el matador, y el hombre venerable que tan eficazmente cooperó á la labor de la justicia revelando sin vacilar cuanto sabía acerca del crimen y su premeditación. Gracias á él, quedó todo en claro desde los primeros instantes, y la tarea del Juzgado careció de las dificultades que suelen presentar otros sucesos análogos.

Incluímos otras informaciones de verdadero interés que por falta de espacio sólo podemos enumerar concisamente: La de la casa que por su estado de ruina inminente amenazó sepultar á sus numerosos habitantes en la plaza de las Peñuelas, de esta corte. De ella damos una fotografía del patio, en el cual aparecen los inquilinos de la ruinosa vivienda, que por carecer de medios no han podido abandonar aún tan peligroso domicilio.

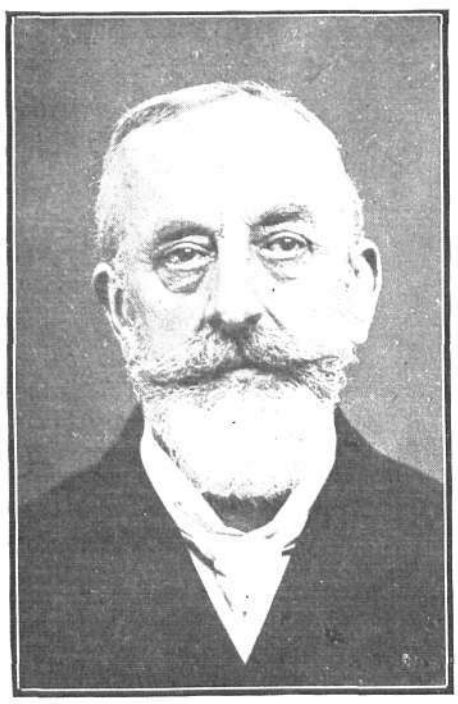


HUERTA DONDE SE PERPETRÓ EL ASESINATO. (×) LUGAR EN QUE FUÉ ENCONTRADO EL CADÁVER

Otro nuevo *affaire* de espionaje que durante los últimos días ha preocupado á los parisienses: Un alemán llamado Krumholtz y su parienta Gertrudis Briegen, aparecían culpables de una tentativa de substracción y venta del secreto de los globos dirigibles militares de la vecina nación. Su delito es más vulgar, pues ambos resultan ser únicamente dos hábiles estafadores.

Los veteranos de Barcelona han celebrado la fiesta de su patrón San Baldomero solemnemente, con funciones religiosas, banquetes, etc. Publicamos el grupo de sus jefes y oficiales.

Por último, la espléndida fiesta de la entrada de carrozas en San Sebastián, cabalgata digna de Niza por su riqueza y su buen gusto. Este año se ha procurado que revistan excepcionales interés y atractivo dichos festejos en la capital donostiarra y hay que reconocer que el buen gusto que es nota característica de la culta población guipuzcoana han sido demostrados una vez más. Por este festejo puede juzgarse lo que será allí este año el Carnaval propiamente dicho. Buena idea de él deben tener los numerosos forasteros que de distintos puntos han acudido á San Sebastián y pudieron presenciar la vistosísima cabalgata.

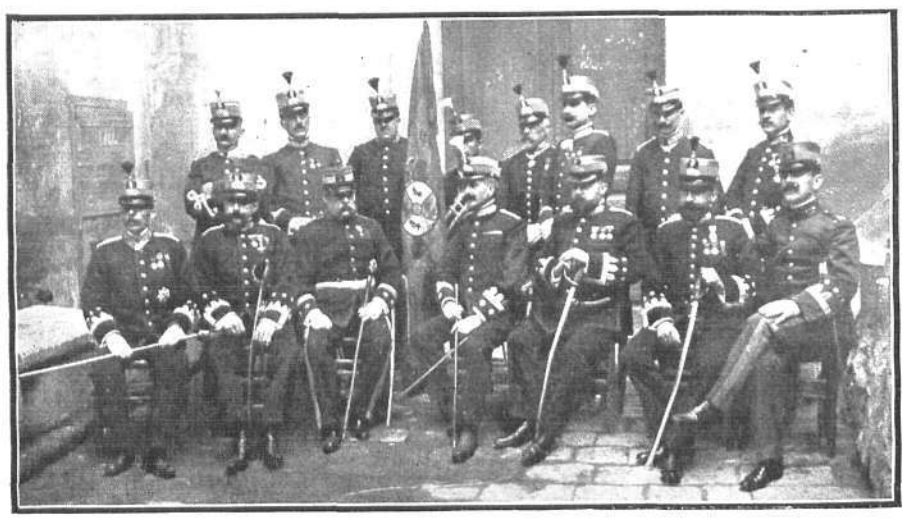


KRUMHOLTZ
ACUSADO DE ESPIONAJE EN PARÍS
Fot. Branger.

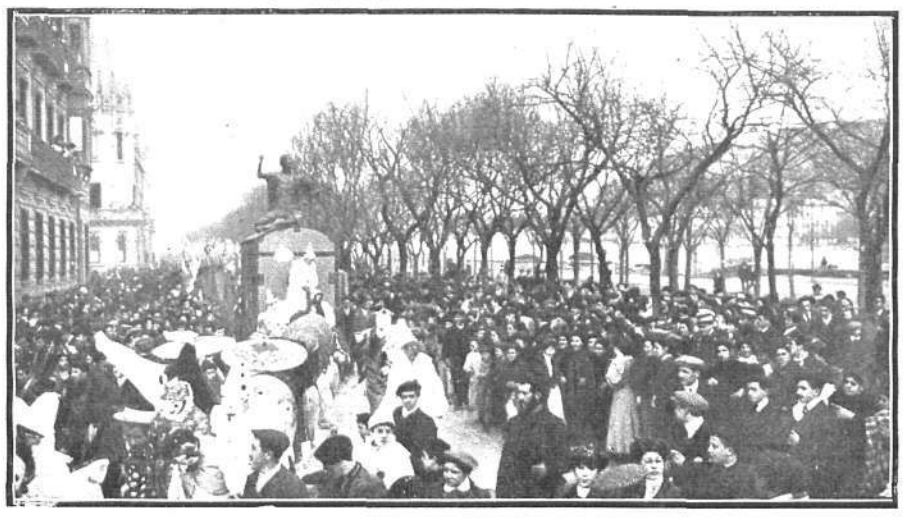
GERTRUDIS BRIEGEN
CÓMPLICE DE KRUMHOLTZ
Fot. Branger.

MISCELANEA DE ACTUALIDADES

MADRID. PATIO DE LA CASA DE LA PLAZA DE LAS PEÑUELAS QUE AMENAZA INMINENTE RUINA
Fots. Cifuentes



BARCELONA. JEFES Y OFICIALES DEL BATALLÓN DE VETERANOS CATALANES REUNIDOS PARA CELEBRAR LA FIESTA DE SU PATRÓN, SAN BALDOMERO Fot. Ballell.



SAN SEBASTIÁN. CABALGATA DE LA ENTRADA DEL CARNAVAL CELEBRADA EL DOMINGO ÚLTIMO Fot. Frederic.

© Biblioteca Nacional de España

Voy á decíroslo: las tres mil libras serán adjudicadas al que logre apoderarse, muerto ó vivo, del marqués Luis Sigismundo de Saint-Maixent...

LA MUERTA EN VIDA

PRIMERA PARTE

Continuacion.

A mí también?—exclamó la adivina temblando.

—¡A ti, sobre todo!

—Pero explícame...

—Ya te lo explicaré todo pero no ahora... más tarde y en otro sitio más á propósito. Lo que has de hacer es coger tu dinero y tus alhajas, y abandonar lo demás... Quítate ese vestido, con el que te conocerían desde una legua, y larguémonos de aquí ligeros como el viento, porque si no, nos atrapan... Se trata de la rueda y la horca. Si quieres escapar, date prisa, ó te abandono y me voy solo.

Simona, desalentada y medio loca de miedo, comprendió por la fisonomía de Lázaro que el peligro era inminente, y, balbuciendo palabras entrecortadas, se dió prisa á obedecer sus órdenes. Cambió con presteza su vestido encarnado por una falda obscura; guardóse en una ancha faltriquera todo el dinero y alhajas de algún valor que poseía, sin olvidar la bolsa de la condesa, y con voz apagada dijo á Lázaro:

—Estoy pronta.

—¿Hay aquí drogas?—preguntó el joven;—¿tienes brebajes... polvos para heredar...? En fin, ya me entiendes.

Simona hizo un signo afirmativo.

—¿Están bien ocultos, al menos?

—Sí; pero no es imposible encontrarlos.

—Entonces los encontrarán; pero ¡bah!, no tenemos tiempo que perder, marchemos. Cuando lleguen esos señores encontrarán la casa vacía; estaremos muy lejos de aquí.

La adivina y el lacayo se dirigieron apresuradamente hacia la puerta de la escalera. Se disponía Simona á abrirla, cuando Lázaro la detuvo, y con voz sorda, murmuró:

—¿Oyes?

Percibíase claramente un gran ruido de pasos y el choque de los mosquetes de los soldados.

—¡Ya es tarde!—prosiguio el joven lleno de rabia.—No has querido hacer caso cuando te decía que te dieras prisa, y ahora no podemos escapar.

—¿Qué va á ser de nosotros?—balbució Simona, cuyos dientes castañeteaban.

—No lo sé, ó, por mejor decir, lo sé demasiado. ¡Lo que nos espera es la horca! Después de todo, es una muerte como otra cualquiera, y precisamente me la predecías hace poco. ¡Cáspita y qué bien lo acertaste! ¡Otra vez no dejaré de creerte!

—Pero ¿por qué no intentamos huir?

—¡Huir! ¿Y cómo? La escalera está llena de gente. ¿Hay alguna otra salida?

—Las ventanas, quizá.

—Dan á la calle, y la calle está custodiada.

—Olvidas la del laboratorio, que cae sobre el patio de la casa vecina.

—¡Diantre, es verdad! No me acordaba. Esta puerta es sólida y tiene buenos cerrojos. Lo menos necesitarán cinco minutos para echarla abajo. Nada se pierde con hacer una tentativa.

Lázaro corrió los macizos cerrojos, fuertemente afianzados en la mampostería; apenas hecho esto, resonó un golpazo sobre la puerta, y una voz dijo:

—Simona Raymond, sabemos que estáis en casa y que no estáis sola. Abrid en nombre del rey.

Esta intimación quedó sin respuesta, y Lázaro, agarrando de un brazo á la adivina, que no tenía ya fuerzas para sostenerse, la arrastró hacia el laboratorio, pequeña pieza donde se veía un hornillo de alquimista con su correspondiente fuelle, alambiques, redomas y otras vasijas de todas dimensiones.

Hemos dicho que Simona vivía en el piso segundo. Por la ventana del laboratorio distinguió Lázaro, en medio de las tinieblas, á la distancia de diez ó doce pies todo lo más, el techo de una especie de cobertizo, que ocupaba una parte del patio.

Descolgarse hasta allí no era difícil, y el techo del cobertizo estaba á poca altura del suelo.

© Biblioteca Nacional de España

—Tráeme sábanas—dijo Lázaro volviéndose hacia la adivina,—á menos que tengas alguna cuerda fuerte, lo que será mucho mejor.

Simona no tenía cuerdas; por lo tanto, trajo sábanas.

El joven las hizo tiras, atándolas unas con otras y trenzándolas, hasta que llegó á obtener la longitud que creyó suficiente.

—He aquí el camino de la libertad—dijo Lázaro a Simona;—sólo falta que sepamos utilizarlo. Tú bajarás primero, sosteniéndote á pulso y cuidando de no dejar escurrir las manos, so pena de quemártelas. En seguida iré yo, y luego se verá lo que se ha de hacer.

En presencia del peligro inminente y, al parecer, inevitable, la adivina había perdido la cabeza; pero recobró algún ánimo al columbrar aquel rayo de esperanza, y siguiendo las recomendaciones de su compañero, llegó sin dificultad á la estrecha plataforma del cobertizo. Lázaro, ágil como un mono, se deslizó en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya está hecho lo más difícil—murmuró en seguida el mozo;—pero ahora es menester darse prisa, porque, ó mucho me engaño, ó los señores polizontes acaban de forzar la puerta, y antes de poco los tendremos encima...

Se oía, en efecto, un gran estruendo y muchas voces, y á través de la ventana abierta del laboratorio, llegó hasta el patio el resplandor de algunas luces agitadas en todas direcciones, que producían sobre las paredes un fantástico vaivén de sombras.

—Sí, sí, ahí están—prosiguió Lázaro;—pero aún es tiempo de huir... Yo saltaré primero... déjate tú escurrir, y suceda lo que quiera, que para las grandes ocasiones son los grandes remedios. Te cogeré en los brazos.

Sin duda hay un Dios para los pillos, como le hay para los borrachos, pues Simona y el lacayo se encontraron en el suelo sin la menor lesión, aunque algo aturdidos por la violencia del golpe, en el momento precisamente en que el comisario se asomaba á la ventana del laboratorio, gritando:

—¡Por aquí, por aquí se han evadido...! todavía cuelgan las sábanas... ¡Pronto, á ellos...! ¡Cincuenta escudos de recompensa al que los alcance!

Afortunadamente para los dos fugitivos, destinados á representar un importante papel en nuestra historia, las tinieblas eran muy densas en el patio, lo cual impidió que los vieran las personas asomadas á la ventana. Gracias á esto, pudieron hallar la salida por un largo y estrecho corredor que había enfrente del cobertizo, y que los condujo á una tortuosa callejuela contigua á la de la Linterna. Para colmo de felicidad, la encontraron solitaria, pues al haberse corrido la voz de que la Policía iba á prender á Simona, todos los vecinos habían acudido con la esperanza de asistir á un espectáculo que tanto agrada al pueblo de París.

La adivina y Lázaro consiguieron, pues, salir de la casa sin ser vistos, y se dirigieron á la carrera hacia el muelle, llegando á los pocos minutos sin haberse encontrado con nadie. Una vez allí, estaban ya fuera de peligro, al menos momentáneamente, pues su traje no los diferenciaba de los demás transeuntes, que, por otra parte, eran muy raros; las orillas del río estaban muy obscuras, á pesar de los apagadizos faroles, fijados á larga distancia unos de otros. Los agentes, que sin duda iban á lanzarse en persecución de los fugitivos, se quedaron sin saber hacia qué punto dirigir sus pesquisas.

Bajo la espesa sombra proyectada por los primeros arcos de un puente había grandes pedruscos amontonados, y sobre uno de ellos se dejó caer Simona, jadeante y extenuada, mientras que Lázaro, como el lobo á quien acosan los cazadores, se quedaba escuchando los lejanos rumores que traía hasta allí la brisa.

Nada oyó, sin embargo, que pudiese inquietarle. Los sabuesos habían perdido la pista...

VI

El Sena corría con lentitud entre los pedruscos de sus orillas, produciendo un ruido monótono y apacible al chocar contra los arcos del puente. En medio del río brillaba una lucecilla, y una voz entonaba á intervalos una alegre canción. Eran la farola de un esquife y la voz de un pescador que echaba sus redes. Lázaro exhaló un suspiro de satisfacción.

—Por esta vez creo que no tendrán el gusto de echarnos el guante—dijo.—¡De buena te has escapado, hermosa mía! Si no hubiera sido por mí, te dan hoy un soberano susto... ¡Eh! ¿qué dices de eso?

La adivina levantó la cabeza, que hasta entonces había tenido inclinada con profundo decaimiento, y, con voz temblorosa y apenas perceptible, exclamó:

—¡Me parece que todo esto es un sueño!

—Pues es una realidad, amiga mía—repuso el joven.—Convengo, sin embargo, en que tiene más visos de pesadilla que de otra cosa. Pero ¿cómo diablos no se te ha ocurrido nunca decirte á ti misma la buenaventura...? Tal vez entonces, gracias á tu ciencia maravillosa, se hubiera podido evitar esta catástrofe.

—¡Basta de burlas!—replicó la adivina.—Y ya que por ahora no tenemos nada que temer, explícame lo que está pasando.

—Es tan sencillo como poco divertido—respondió el lacayo.—He aquí los hechos en pocas palabras. Te acordarás que me despediste cuando entró la condesa en tu casa. Así que me vi en la calle, registré mis bolsillos, más bien por costumbre que con la esperanza de encontrar algún dinero; pero, con gran sorpresa mía, se me vino á las manos una pieza de veinticuatro sueldos, casualmente olvidada en la juntura de los forros. No sabiendo qué hacer, me dirigí á una taberna, donde pedí un jarro de vino, y empecé á empinar el codo...

—¿A qué vienen esos detalles?

—Son indispensables.

—¿No puedes ir derecho á lo que me interesa?

—Precisamente voy por el camino más derecho. Escucha sin interrumpirme, que todo se andará. Haría cosa de media hora que estaba allí, muy tranquilo y despreocupado, cuando se abrió la puerta y aparecieron dos hombres que fueron á sentarse no lejos de mí. Tenían una catadura de esas que nunca engañan al que es algo fisonomista, é iban diciendo á la legua que eran espías. Pusiéronse á cuchichear en voz baja, sin que á mí se me ocurriera escucharlos, cuando el nombre del marqués de Saint-Maixent, pronunciado por uno de ellos, me hizo aguzar el oído, y cátate aquí que nosotros éramos precisamente el objeto de su conversación. Supe con no poco asombro que la calle de la Linterna estaba vigilada desde el anochecer, que habían visto entrar en casa de Simona un grandísimo bribón llamado Lázaro, cómplice de su amo, y que se esperaba al señor comisario para proceder á la prisión del susodicho Lázaro, juntamente con su amiga la adivina, acusada de ejercer el oficio de nigromántica. De todos estos pelos y señales me enteraron mis dos hombres, añadiendo que al día siguiente serían ahorcados Simona y Lázaro para solaz y entretenimiento de los vecinos de París.

El joven se interrumpió para tomar aliento. Simona temblaba de pies á cabeza y casi se percibían los latidos de su corazón. Lázaro continuó:

—Por lo dicho comprenderás, sin que te lo jure, que el vino se me iba volviendo acíbar en el estómago. Hubiera dado cualquier cosa por hallarme lejos de allí; pero temía excitar las sospechas de mis dos vecinos si me levantaba demasiado pronto. Por fortuna, como estaban en la persuasión de que Lázaro seguía en casa de Simona, ni siquiera repararon en mí. Tomé, por último, mi determinación; eché sobre el mostrador mi moneda de veinticuatro sueldos, me embolsé la vuelta y me dirigí hacia la calle. Iba ya á salir, cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció en el dintel un quídam, más feo y más repugnante aún que los otros dos, á quienes dirigió apresuradamente estas palabras: «¡Eh! ¡Alerta, camaradas, que ya llega el comisario...!» Dicho esto se marcha; salgo yo á la calle, corro, llego á tu casa, subo, llamo, y... creo que ya sabes lo demás.

Tal era, en efecto, la relación de lo ocurrido, salvo una cosa que Lázaro había omitido y que nosotros debemos consignar. Al verse fuera de la taberna, su primer impulso fué huir y ponerse en salvo él solo; antes de decidirse á avisar á Simona, hubo de sostener en su interior un rudo combate, y si al cabo determinó exponer su voluntad y su vida, fué sólo por puro egoísmo. Téngase presente que Simona estaba en fondos, ó, á lo menos, así lo creía el lacayo. Ahora bien, en aquellas circunstancias era imposible permanecer en París; urgía alejarse cuanto antes, burlando de este modo las pesquisas de la Policía; pero ¿cómo emprender el viaje sin dinero?

—Voy á jugar el todo por el todo—se dijo Lázaro.—Un comisario es un animal con mucha gravedad, que no se apresura por nada en el mundo; le llevo delantera, y cuando piense cogernos en el garlito, ya habremos tomado las de Villadiego con los monises.

Este razonamiento estuvo á punto de conducir á Lázaro á la horca.

Terminada su relación, el criado del marqués de Saint-Maixent soltó una gran carcajada, tan franca y alegre, que su compañera se preguntó si había perdido el juicio.

—¡Voto al diablo!—dijo inclinándose hacia Simona;—holgárame de saber si el señor comisario ha encarcelado á sus prisioneros.

—¿Qué prisioneros?—exclamó estupefacta la adivina.

—¡Toma! *¡Matusalén; Sesostris* y *Flamel!*

Estos eran los nombres del viejo cuervo, el gato negro y el pez colorado.

—¡En verdad no te comprendo!—dijo Simona encogiéndose de hombros.—¿Cómo puedes reir y bromear en la horrible situación en que nos encontramos?

—¡Pues qué! ¿no vale más reir que llorar?

—¿Es posible contener la desesperación en un caso como éste?

—Convenido; pero ¿de qué sirven las lágrimas?

—Para desahogar la pena.

—Pues llora á moco tendido y, cuando hayas acabado, pensaremos en adoptar una resolución.

—Tomémosla desde luego. ¿Qué piensas hacer?

—Ya comprenderás, amiga mía, que si el sol de mañana nos sorprende en la capital, nos cogerán infaliblemente, pues la Policía, que se ha llevado esta noche un solemne chasco, hará todo lo posible por desquitarse.

—¡Marchemos, pues!—exclamó Simona levantándose despavorida. ¡Marchemos al instante...! ¡Ven pronto... ven!

—Nadie nos corre. Estás todavía muy agitada y no puedes moverte.

—Tengo miedo... quisiera hallarme lejos de aquí.

—También yo, ¡voto al diablo! Pero aún nos queda tiempo. Ahora serán las diez ó poco más, y mientras dure la noche no tenemos nada que temer.

—¿Lo dices de veras?

—Estoy seguro de ello. Tranquilízate, que yo respondo de todo. ¿Tienes acaso algún proyecto?

—¿Un proyecto? ¿y cómo lo he de tener, si no sé siquiera dónde tengo la cabeza?

—¿Te avendrás á lo que yo proponga

Simona hizo un signo afirmativo.

—¿Estás dispuesta á seguir mi suerte?

—Adonde tú vayas, iré yo—repuso la adivina.—Me siento demasiado débil de fuerzas y de espíritu, y harto conozco que no podría hacer nada yo sola.

—Entonces, es cosa convenida. Dentro de una hora nos pondremos en camino.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí. A la Auvernia, que, según creo, es tu país natal.

—Sí; pero salí muy niña, y no tengo familia ni conozco á nadie.

—Mejor que mejor. Una vez allí, cambiarás de nombre y empezaremos una vida nueva, tranquila y obscura.

—Bueno, no tengo preferencia por ningún país; pero ¿por que eliges la Auvernia?

—Es muy sencillo: porque allí está mi amo.

—¿Y qué tenemos que ver con él? ¿Acaso se encuentra en mejor posición que nosotros? ¿No le persigue también la justicia?

—Sí; pero, á pesar de todo, es un gran señor, y, gracias á su nombre y sus relaciones, cuenta con mil recursos que nosotros no tenemos. Por muy mala que sea la situación de mi amo, es de creer que saldrá adelante, en cuyo caso, yo me encargo de exigirle que nos saque á nosotros á remolque. Déjame hacer te digo, y dame tu bolsa.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Mi bolsa?—repitió con voz áspera la adivina, á quien no agradaba en manera alguna la comunidad de intereses desde el punto de vista pecuniario.

—Sí. ¿Te figuras que voy á sufrir la humillación de que una mujer pague por mí en el camino? ¡Salvemos las apariencias, qué diablos...! ¿Vacilas? Eso es diferente, hermosa mía; hágase tu voluntad. Separémonos aquí; vete tú por un lado, que yo iré por otro; tal vez sea lo mejor. Pero, francamente, después del servicio que te he prestado esta noche, arriesgando mi pellejo por salvarte, no esperaba tanta ingratitud.

Y dichas estas palabras con aire de dignidad ofendida, Lázaro hizo ademán de alejarse de Simona.

—¡Pero si no vacilo! —exclamó la adivina muy inquieta.—¿Tendrás valor para abandonarme? Bien sabes que entre nosotros todo es común. ¡Ven...! ¡Toma...!—añadió sacando del bolsillo la bolsa de la condesa de Rahon y presentándosela al criado.

—Esto varía—dijo éste palpando los doblones que relucian á través de las mallas de seda.—Con esto hay para empezar el viaje; cuando se evapore, echaremos mano de la reserva.

Simona exhaló un ahogado suspiro; pero no opuso la menor objeción.

Una hora después, Lázaro y su compañera dejaban tras sí las últimas casas de la dormida ciudad.

VII

Cinco meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, en los primeros días de Agosto de 1645, reinaba gran agitación en la única calle de la aldea de San Judas, en la Auvernia.

Serían, poco más ó menos, las nueve de la mañana.

Un sol radiante llenaba el espacio de luz y de alegría, y los aldeanos, seguidos de sus mujeres é hijos, en vez de encaminarse á los trabajos agrícolas, se dirigían en pequeños grupos hacia una casa de regular apariencia, sobre cuya puerta se veía una placa de hierro.

Por ambas caras de aquella especie de muestra, un aprendiz de pintor había representado, como Dios le dió á entender, tres flores de lis doradas sobre un escudo azul con corona real.

En torno del escudo, leíase en gruesos caracteres encarnados:

A LAS ARMAS DE FRANCIA

La casa era una posada; delante de la puerta iba formando la gente un gran círculo en derredor de un grupo de seis soldados, bien vestidos, armados hasta los dientes y cabalgando en robustos caballos. Distinguíase entre todos, por sus galones de plata y su aire de importancia, un hombre ya entrado en años, alto y flaco, de cara apergaminada, pero jovial, ojos muy vivos y largo y retorcido bigote entrecano. Este individuo era el preboste, y se llamaba Dionisio Robustel. Con la mano izquierda oprimía maquinalmente las bridas de su montura, mientras que con la derecha sujetaba un rollo de papeles.

A dos pasos de él, uno de sus subordinados tocaba un clarín con toda la fuerza de sus pulmones, y á sus notas estridentes acudían presurosos los honrados vecinos de San Judas á escuchar el pregón. Figuraba en primera fila entre los curiosos el posadero de *Las Armas de Francia*, maese Guillermo Chadorant, hombre pacífico y bonachón, que se jactaba de su habilidad culinaria porque confeccionaba con un arte sin igual truchas á la marinera, perdices escabechadas y otros muchos guisos. Detrás de él se veía á su hija única, Julia Chadorant, linda morena de sonrosadas mejillas, ojos tiernos y labios rojos como cerezas, la cual se empinaba sobre sus diminutos pies para ver mejor.

Cuando el personaje escuálido juzgó bastante numerosa la concurrencia, hizo una seña con la mano para que dejara de tocar el clarín, desenrolló sus papeles, sacó uno timbrado con las armas reales, sobre el cual pasó la vista como para refrescar su memoria, y, en vez de leer simplemente á su auditorio el texto oficial del escrito, exclamó:

«—¡Habitantes de la aldea de San Judas, honrados y dignos vecinos, fieles y leales súbditos de S. M. el rey Luis, que Dios guarde! A mí me conocéis desde hace años, y sabéis que os tengo y tendré en grande estima con tal de que no cometáis ninguna fechoría contra las personas ó las propiedades.»

Como se ve por lo expuesto, el exordio prometía.

—¡Viva el señor preboste!—gritaron algunos aldeanos entusiastas.

Dionisio Robustel se inclinó á derecha é izquierda, saludando con amabilidad, guiñó el ojo y prosiguió:

«—Gran satisfacción me cabe hoy, amigos míos, en venir á traeros una buena noticia de orden de S. M. el Rey nuestro amo, que Dios guarde, y del señor lugarteniente civil. Se trata de enseñaros á todos, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, el modo de hacer fortuna.»

Dionisio se detuvo al llegar aquí, como un hábil orador, para gozar del efecto producido.

«—¡Sí, la fortuna!—continuó el preboste al cabo de algunos segundos,—adquirida tan fácilmente, que os vais á sorprender. Yo, amigos míos, conozco muy bien los trabajos que pasáis expuestos á la intemperie. ¿Qué venís á sacar al cabo del año? Algunos miserables escudos si el año ha sido bueno, unas cuantas deudas si ha sido malo, y en todo caso una perspectiva de trabajo y de miseria.»

Dionisio hablaba con el imperturbable aplomo de un hombre seguro de sí mismo y de sus oyentes. Interrumpióse por segunda vez para tomar aliento, y prosiguió:

«—Pues bien, señores; yo, vuestro mejor amigo, os ofrezco un gran capital: tres mil libras por un lado y trescientas por otro. Sí, señores, sí, esto es seguro, positivo. Preguntaréis qué es preciso hacer para bañarse en las doradas aguas del Pactolo, que, como nadie ignora, es un famoso río de España. ¿Lo que debéis hacer? *Voy á decíroslo: las tres mil libras serán adjudicadas al que logre apoderarse, muerto ó vivo, del marqués Luis Sigismundo de Saint-Maixent*, reo de varios crímenes, el menor de los cuales merece la pena de muerte. Por lo que hace á las trescientas libras, las ganará el que capture á un tal Lázaro, lacayo del marqués de Saint-Maixent, y reo de complicidad en los crímenes y desafueros de su amo. Las referidas sumas serán pagadas á quien corresponda, en metálico sonante, por el tesorero municipal de Clermont. He dicho.»

Siguióse un rumor semejante al que produciría en una colosal colmena un enjambre de monstruosas abejas. Brillaba la codicia en todas las miradas. Casados y solteros, viejos y jóvenes, todos, en fin, soñaban con la captura ó la muerte de ese marqués y su lacayo.

—Todo eso está muy bien, señor preboste—exclamó de pronto en voz alta é inteligible uno de los principales habitantes de San Judas;—pero lo que más importa para atrapar á esos señores, ó enviarles una bala, es conocerlos, y nosotros no los conocemos.

—Tenéis razón—repuso Dionisio;—aquí traigo la filiación de los dos criminales: voy á leérosla.

El preboste desenrolló por segunda vez sus papeles y sacó de entre los demás uno, mitad impreso, mitad escrito con letra gruesa.

—¡Atención—dijo,—que ya empiezo! «Señas del marqués Luis Sigismundo de Saint-Maixent: edad veinticinco años, estatura más que mediana, talle esbelto, cabellos rubios rizados, bigote rubio con guías retorcidas, cara ovalada, cutis muy blanco, ojos grandes y azules, boca pequeña, hermosa dentadura, un lunar negro en la mejilla izquierda al lado de la boca, parecido á los que suelen pintarse las señoras.»

—¡Ay, señor preboste, qué guapo debe ser ese mozo!—dijo una comadre, en medio de la hilaridad general.—Debe parecerse al señor arcángel San Miguel que está en el altar mayor. ¡Como me llamo Gervasia, que tiene las mismas señas!; sólo le falta el lunar.

—Algo hay de eso, tía Gervasia—repuso Dionisio guiñando el ojo á la comadre.—Pero, desgraciadamente, su buena cara es muy engañosa; y si hubiera justicia en este pícaro mundo, mejor que al arcángel San Miguel debería parecerse al demonio.

Mientras hablaba Dionisio Robustel, Julia Chadorant, la linda morena hija de maese Guillermo, el posadero, se había puesto muy pálida

—¡Dios mío!—murmuró llena de inquietud,—¡aquel señor tan amable, tan apuesto y cortés qae cenó en casa hace tres días y que me tomó la mano diciéndome unas cosas tan bonitas, era el marqués de Saint-Maixent! Y aquella mirada, aquella sonrisa, ¿habrán de ser las de un criminal? ¡No, no lo creo; estoy segura de que es inocente!

«—El marqués de Saint-Maixent—prosiguió Dionisio—viste, por lo regular, una casaca gris bordada de negro, jubón de piel de gamo y sombrero de fieltro con pluma negra. Monta un magnífico caballo alazán, de hermosa estampa. Esto por lo que respecta al amo. Pasemos ahora al lacayo. Ese quídam, que, como os he dicho, se llama Lázaro, ó se da á conocer con ese nombre, debe tener, sobre poco más ó menos, la misma edad que su señor, estatura mediana, miembros fornidos, cara ancha, colores arrebatados, cabello castaño y ojos verdosos. No viste de librea y monta un jaco bayo, tuerto del ojo izquierdo.» ¡Ea! ya sabéis tanto como yo, amigos míos—añadió el preboste, terminada su lectura.—Tenemos seguridad de que los dos criminales se encuentran cerca de aquí. Conque haced una batida, y no perdáis la ocasión, que nunca se os ha de presentar otra mejor.

—¡Viva el señor preboste!—repitió la multitud.

VIII

Satisfecho de sí mismo Dionisio Robustel, y encantado de su auditorio, echó pie á tierra, ató su caballo á uno de los anillos de hierro fijados en la pared, hizo señas á sus hombres de que le imitasen y penetró con ellos en la sala baja de la posada. El digno preboste, armado de un martillo y cuatro tachuelas que le presentó respetuosamente el posadero, clavó en la pared el escrito con la filiación de los dos criminales.

—Compadre Guillermo—dijo después,—hoy tenemos que hacer una larga jornada y el calor aprieta que es un gusto; creo, por lo tanto, que nos vendría de perlas un refrigerio. Somos seis; traednos tres jarros de ese vinillo que guardáis para las ocasiones.

Maese Guillermo no aguardó á que le repitieran la orden, y un instante después resonaba la sala con los estrepitosos brindis de los soldados, que empinaban el codo á la salud del rey, del lugarteniente civil y del preboste.

Julia Chadorant iba y venía en derredor de la mesa con aire indeciso, revolviendo entre sus dedos una de las puntas de su delantal. Era evidente que la joven tenía vivísimos deseos de preguntar algo, pero la timidez propia de su edad y de su sexo se lo impedía. Por último se decidió, y poniéndose más colorada que una amapola,

—Señor preboste—le preguntó con temblorosa voz,—¿qué ha hecho ese marqués de Saint-Maixent para que se ofrezcan tres mil libras por su captura?

—¡Ah, picaruela!—replicó el preboste riéndose á carcajadas.—Os interesa porque habéis oído decir que el marqués de Saint-Maixent es un guapo chico. Pues bien, voy á complaceros. Ese individuo es natural de este país. Su padre era un buen señor que poseía un castillo y una gran heredad á veinte leguas de aquí. Los Saint-Maixent están emparentados con toda la nobleza de la provincia, y muy especialmente con los condes de Rahon. Cuando murió el señor marqués, su hijo fué á establecerse en París, donde se dió tan buena vida, que, no bastándole sus rentas, empezó á vender las posesiones y á tomar á préstamo sobre el castillo; pero llegó un día en que las cosas pasaron á mayores: el marqués mató á un hombre para robarle la bolsa.

La linda Julia no pudo reprimir una exclamación de horror.

—¿Cómo es posible—dijo—que un caballero cometa un asesinato para robar?

—Es más que posible, es segurísimo—repuso el preboste;—está probado. La víctima recobró el conocimiento, y antes de morir tuvo fuerzas para denunciar á su asesino.

© Biblioteca Nacional de España

La joven inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho. A pesar de todo, no se daba por convencida.

—El que le ha acusado sería algún enemigo suyo—se dijo;—le habrá delatado para vengarse.

—A consecuencia de esto—prosiguió Dionisio,—el marqués tuvo que salir precipitadamente de París; vino á refugiarse á la Auvernia, esperando, sin duda, que la acción de la justicia no llegaría hasta nuestras montañas. El marqués se encontró absolutamente privado de recursos. Pero ya por entonces se le había reunido su honrado lacayo Lazaro, el mismo por quien se ofrecen trescientas libras. Uno y otro se instalaron en un torreón arruinado que domina el camino por la parte del castillo de Roquevaire, y desde allí, á semejanza de los buitres que acechan su presa, se lanzaban sobre los viajeros para despojarlos. Un perceptor de contribuciones que quiso defenderse, cayó mortalmente herido de cuatro puñaladas. Dieciocho denuncias llegaron una tras otra á Clermont en menos de un mes. Salieron fuerzas considerables para explorar el bosque, pero desgraciadamente no estaba yo allí, y perdieron la pista del marqués. Pasaron algunas semanas sin que se oyese hablar de él, hasta que cierto día el señor lugarteniente civil recibió aviso de haberse presentado en una feria dos campesinos que habían hecho grandes compras de caballerías que pagaron con monedas de oro falsas, perfectamente imitadas. Las caballerías fueron vendidas en otro punto, y los dos campesinos no debieron ser otros, según las señas, que el marqués de Saint-Maixent y su acólito. De salteador de caminos pasaba á ser monedero falso.

Dionisio se interrumpió para echar un trago. Julia, con el rostro pálido, las manos juntas, presa de una gran emoción, parecía escuchar aún.

—Ya veis—prosiguió el preboste—que con lo dicho basta para que cualquiera suba al patíbulo; pero parece que el marqués guardó lo mejor para lo último. Hoy hace ocho días (la cosa no puede ser más reciente) que le sorprendió una tormenta en medio del campo; hallándose, por lo visto, lejos de su guarida, fué á pedir hospitalidad á los monjes del convento de Saint-Landry; se anunció con el nombre del primer hidalgo de la provincia que se le vino á las mientes, y fué recibido con grande agasajo. Pero á media noche salió de su cuarto, llegó á la capilla y se descolgó por una ventana, llevándose los vasos sagrados. Robo, asesinato, sacrilegio: tales son, hija mía, las proezas y hazañas del marqués. ¿Qué mucho, por lo tanto, que el señor lugarteniente civil haya prometido tres mil libras por su captura?

Julia no contestó. Púsose á reflexionar, buscando argumentos victoriosos contra la evidencia misma. Por último se dijo:

—¡Terribles acusaciones!, pero ¿cómo probarlas? ¿Sería verdaderamente el marqués de Saint-Maixent ladrón, monedero falso y autor del sacrilegio...? Así lo aseguran, pero sin pruebas... Ellos le creen culpable y yo le creo inocente. No sé qué instinto me dice que el marqués no ha cometido ninguno de los crímenes que se le atribuyen. Mi corazón me asegura que no es un malvado.

Mientras que la joven procuraba engañarse á sí misma con tan especiosas razones, maese Guillermo leía y releía atentamente el papel clavado en uno de los testeros de la sala. El buen hombre se rascaba la mollera con aire de cómica indecisión; pero de pronto brillaron sus ojillos saltones, y, volviéndose hacia su hija y sus huéspedes, dijo:

—¡Pues señor, se me ha ocurrido una cosa...! Dime, Julia, ¿te acuerdas de aquel caballero que se apeó aquí hace tres días para cenar y dar un pienso á su caballo?

La joven se estremeció de pies á cabeza; pero logró dominarse, y con voz firme y segura respondió:

—Me acuerdo muy bien.

—Tú le serviste á la mesa; ¿tienes presente su fisonomía?

—Sí.

—¿Y no te parece, como á mí, que sus señas eran punto por punto las mismas que las del marqués de Saint-Maixent?

El preboste y su gente escuchaban con profunda atención y tenían los ojos fijos sobre la joven, la cual, encogiéndose de hombros, se echó á reir.

—¡Vamos, padre—replicó,—estáis soñando! El viajero que decís era bajo de cuerpo y regordete. *Tenía los cabellos y el bigote negro. Su traje*, además, era morado y no gris, y la pluma de su sombrero blanca.

—¡Puede ser!—murmuró el posadero, desconcertado por el tono de seguridad de su hija.—Habré visto mal: me voy haciendo viejo, y la memoria se resiente.

El digno preboste y sus soldados hicieron un gesto de despecho al ver desvanecerse aquella esperanza.

—Cobraos, maese Guillermo—dijo Dionisio, echando sobre la mesa una moneda de plata.

—¿Os marcháis ya?

—Es preciso. Todavía tenemos que echar nuestro pregón en cuatro ó cinco aldeas antes de que anochezca.

—¿Cuándo volveréis por aquí?

—Supongo que pasado mañana, aunque no lo sé de fijo; vamos á hacer una batida en el país, por si tropezamos con el señor marqués. Las tres mil libras prometidas nos vendrían perfectamente.

—Entonces, ¡buen viaje y buena suerte!

—Gracias.

Los seis hombres salieron de la posada, montaron á caballo y partieron al trote.

IX

Dos días después, á eso de las cinco de la tarde, Dionisio y su pequeña escolta se encontraban á tres leguas de la aldea de San Judas, hacia la cual dirigían sus caballos, extenuados de cansancio después de una fatigosa jornada bajo un sol abrasador. El preboste, cubierto de polvo y de sudor, cabalgaba muy erguido, con el sombrero sobre la oreja, rebosando orgullo y alegría en su actitud y su semblante. Detrás de él sus soldados formaban un compacto grupo, en medio del cual se veía un gallardo mancebo montado en un *magnífico* caballo alazán de raza árabe.

El preso era Luis Sigismundo, marqués de Saitn-Maixent, que había sido sorprendido la víspera en una venta del camino donde se consideraba seguro. Con no poco asombro del preboste, el joven no opuso ninguna resistencia; al verse rodeado de gente armada, con aire tranquilo y acento natural, dijo.

—Me rindo... no me hagáis daño...

El buen preboste estaba que no cabía en sí de gozo y de orgullo. La graciosa figura del mancebo, su distinción, su amabilidad le dejaron fascinado, como á casi todos los que le trataban, hasta el punto de dudar que los crímenes que le atribuían fueran ciertos. Dionisio trataba á su prisionero con las más respetuosas atenciones. Esto no obstante, á la par que le hacía un profundo saludo, creyó oportuno decirle:

—El señor marqués monta un excelente caballo de raza, y nuestras pesadas cabalgaduras no podrían competir con él en ligereza. Si, pues, lo que Dios no quiera, el señor marqués hace alguna tentativa de evasión, me veré precisado, con gran sentimiento mío, á amartillar una pistola y saltarle la tapa de los sesos respetuosamente, pero con resolución. ¡Ay! es un deber penoso... un deber terrible... que me arrancará lágrimas... pero que sabré cumplir sin vacilar.

—Y haríais bien, amigo mío—repuso el joven con una amable sonrisa.—Lo mismo haría yo en vuestro lugar. El deber ante todo. Lo primero es la consigna.

El preboste, sorprendido ante aquella adhesión tan completa é inesperada, se decía:

—¡Canastos! Nunca he visto un caballero que tanto me haya gustado. Empiezo á creer que le equivocan con otro y le acusan de crímenes que nunca ha cometido. De todos modos, no he de dejar de custodiarle; pero, ¡por quien soy!, que me intereso por él.

El marqués parecía haberse propuesto no excitar la más leve desconfianza por parte de sus guardianes. En el momento en que lo presentamos al lector, afectaba hallarse más bien aburrido y cansado que inquieto. De pronto, empezó á dar muestras de una gran postración; dejó caer los brazos, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Se siente indispuesto el señor marqués?—preguntó el preboste con solicitud.

—Sí, algo indispuesto—repuso el joven con voz lánguida;—no puedo más de cansado que estoy; el calor y el polvo me sofocan; me duele la cabeza.

—¿Desea quizá el señor marqués que hagamos alto durante una ó dos horas? Si es así, no tiene más que decírmelo y al punto será complacido.

—¡Hacer alto! ¡No, por Dios!—exclamó el marqués.—Estoy impaciente por llegar á Clermont para refutar esas ridículas acusaciones de que no he tenido conocimiento hasta ahora.

—¡Oh! yo espero que el señor marqués se justificará fácilmente.

—Y yo estoy segurísimo, pues es evidente que no cabe absurdo mayor que suponer ladrón, asesino, monedero falso y no sé cuántas cosas más al hombre que lleva un apellido como el mío.

—¡Absurdo, de todo punto absurdo!—repitió Dionisio como un eco.

—Mi único crimen consiste en tener algunas deudas.

—¡Deudas! ¿y quién no las tiene? Aunque vivimos en provincia, no ignoramos que está de moda entre los jóvenes de alta clase de París

—Pero aún me quedan recursos—prosiguió Saint-Maixent,—pues los usureros no me han prestado sobre mis bienes más que la cuarta parte de su valor á lo sumo.

—Siempre hacen lo mismo esos pícaros judíos...! ¡Son unos ladrones...!

—¡Oh! Yo sabré hacer que lo devuelvan.

—Haréis muy bien.

—Por otra parte, tengo muchos parientes que se hallan en buena posición y disfrutan de grandes riquezas; si yo quisiese recurrir á ellos, me sacarían inmediatamente de todos mis apuros pecuniarios.

—El señor conde de Rahon bastaría por sí solo para atender á todo—se atrevió á decir Dionisio.

—¡Ah! ¿Sabéis que el conde de Rahon es pariente mío?

—Tengo el honor de conocer á vuestra familia.

—Entonces, comprenderéis cuán penoso es para mí el ser conducido de este modo, como un criminal.

—¡Ay!—exclamó Dionisio exhalando un cavernoso suspiro.—¡Ay! ¡Demasiado lo comprendo...! Pero el deber...

—No creáis que quiero disuadiros de que cumpláis el vuestro—dijo Saint-Maixent interrumpiéndole.—Si ahora mismo me ofrecierais libertad, no la aceptaría, palabra de honor. Yo necesito que se me haga cumplida justicia y que el lugarteniente civil en persona me dé una satisfacción por el deplorable error de que he sido víctima. Esto, no obstante, tengo que pediros un favor.

—¿Cual, señor marqués? Tenedlo por otorgado si de mí depende y lo permite la consigna.

—De nadie más que de vos depende, y la consigna no se opone. Sólo se trata de dejar este paso de andadura que llevamos, y partir al trote. Os repito que estoy impaciente por llegar á Clermont: daría un año de vida por ganar una hora.

—¡Ay!—exclamó el preboste.—Yo bien quisiera; pero, desgraciadamente, es imposible. El señor marqués no tiene en cuenta el estado de nuestras cabalgaduras, que apenas pueden tenerse en pie; los espolazos no lograrían hacerlas andar más de prisa. Aparte de esto, de nada nos aprovecharía esa precipitación, pues estamos á quince leguas de la ciudad, y no llegaremos hasta mañana por la noche.

Pintóse en las facciones del marqués una expresión de profundo abatimiento, que, si no era sincera, estaba fingida con admirable exactitud.

—¡Mañana por la noche!—exclamó.—¡Cómo! ¿No pensáis proseguir el camino de noche?

—No es posible, señor marqués; la consigna prohibe terminantemente las marchas de noche cuando se llevan presos de importancia; y aunque así no fuera, tanto nosotros como nuestros caballos necesitamos algún descanso. Nos detendremos en la aldea de San Judas, que dista unas dos leguas de aquí, y encontraremos hospitalidad y buena cama en la posada de *Las Armas de Francia*.

Continuará

© Biblioteca Nacional de España